

## ENRIQUE GINESTA



Enrique Ginesta: Dibujo de Ernesto Furió.

En pleno trabajo pictórico, que era su vida, inició su tránsito a otra mejor, este hombre singular, tan buena persona como buen artista, ejemplar profesor y modelo de académicos.

Daba, así, cima a un quehacer profesional y creativo lleno de rectitud y convicción, saturado de responsabilidad y sencillez.

Todo en él, desde niño hasta esta activa senectud, con el caballete plantado en el alto paisaje aragonés, era como el cumplimiento de una obligación ineludible y amada, y un rito religioso profesado cordialmente.

Medio siglo largo de enseñanza en la Escuela de Bellas Artes y en la de Arquitectos; sus numerosos, admirables, populares y casi *heroicos* tra-

bajos con la flor, para esmaltar cada mayo, la fachada de «la Virgen»; sus retratos, sus cuadros en el templo de Carlet, donde naciera el 24 de diciembre de 1897; sus inefables perspectivas —no conocemos escenografías mejores—; sus viajes con alumnos y, antes, solo, pensionado por España, Francia, Flandes, Holanda, Alemania, Italia, no era, todo, sino el resultado de ese mismo andamiaje, de ese esquema que supo a la vez encarnar en su vida, en su pintura, en sus enseñanzas y en sus bizarras creaciones florales.

Varias decenas de promociones de pintores, escultores, arquitectos y grabadores le deben el ejemplo de su vida, aún más válido que todas las otras enseñanzas de él recibidas, con ser tan importantes.

Como académico, no podemos sino confirmar lo que otrora escribimos con motivo de su exposición antológica en el Ayuntamiento. Parecía encarnar las líneas determinantes del vivir y modo del ser académico: rigurosamente afincado, tanto en la ciencia perspectiva como en su pintura, exacta de términos, valores y aspectos; fiel, sin servidumbre, a la belleza visible; cuidadoso, hasta el pormenor, de la convivencia social dentro y fuera de la Corporación, sin abandonar nunca su sencillez y aún su modestia, ni descender nunca a lo trivial. Humano, flexible, presto a colaborar siempre en lo corporativo, y asiduo, aún con esfuerzo, que procuraba disimular, unía a todo ello un rasgo típicamente académico: el equilibrio y la templanza, que todo lo hacen amable, próximo y haceder, y que, sin ceder en lo importante, se avienen a prescindir de lo secundario, que suele ser lo que encrespa y divide.

Por concedor de las que eran sus técnicas, sus saberes; por sociable e incorporado a la cofradía viva que es una Academia; por su moderación y equidad en decisiones bien medidas, por su don de consejo, Enrique Ginesta era, para todos, el académico ejemplar, sin ínfulas ni retóricas, pero con una asimilación de ese vivir especial que, desde hace algunos siglos, ampara mucho de lo mejor del arte y la cultura de esa Europa que él había recorrido, ávido de bellezas.

FELIPE MARIA GARIN